

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXI

Agosto de 1944

Núm. 230

Puntos de vista

Aspectos del problema editorial

SE ha planteado en estos días con abundancia de informaciones, el problema de las editoriales chilenas frente al auge de las extranjeras. Un vasto mercado de libros editados en Argentina y México amenaza con anular—por lo menos este es el temor de los editores nacionales—la producción de libros chilenos. Los libros de las editoriales extranjeras gozan de mayores franquicias que los nuestros y pueden disponer de una apreciable cantidad de papel importado, cuyos derechos son por supuesto menores que los que se pagan en nuestro país. En resumen, lo que ha motivado el movimiento de los editores y aun de los organismos intelectuales, es el peligro que se cierne sobre la difusión del libro nacional.

Nosotros estimamos que en lo que respecta a la reducción de los impuestos sobre el papel y reducción de las tarifas postales para hacer más efectiva la propaganda por medio del libro, los editores tienen razón. No seríamos nosotros quienes pudiéramos contrariar este propósito. Pero existen en este problema, los aspectos de orden puramente moral si así pudiera decirse, y ellos se refieren a la culpa que algunas editoriales chilenas han tenido en esta mengua y descrédito del libro nacional. En efecto, esas editoriales, cuando tuvieron mercado amplio en América y cuando pudieron disponer de una clientela numerosa y abundante, no supieron aprovechar el auge. Y no nos referimos al aspecto estricta-

mente comercial sino a la decencia. Traducciones mediocres y encomendadas a principiantes, hicieron que esas ediciones fueran, poco a poco, mostrando la cantidad enorme de sus defectos. Hubo editoriales que no se cuidaran de verificar si las traducciones que habían encomendado se ajustaban en todo al original. No verificaron el hecho monstruoso de que muchas de esas traducciones eran incompletas. Los traductores noveles, para salir del paso, por ignorancia del idioma o por otras razones, mutilaban los textos y hasta suprimían capítulos, cuando no modificaban a su leal saber y entender el texto original. Este desaguisado que pudo pasar en el primer tiempo—en el tiempo del auge—fué muy luego descubierto por lectores sudamericanos que no eran tan ignorantes como se creía. Y ocurrió lo que lógicamente debía ocurrir. No queremos decir con esto que las traducciones de libros extranjeros de algunas editoriales argentinas y mexicanas sean un dechado de perfección. Algunas hay—felizmente no de todas las editoriales que son francamente mediocres o malas.

Debemos agregar a lo anterior la mala calidad de las ediciones. El papel ordinario, la impresión tipográfica deficiente, la tinta inferior. Todo esto era en descrédito del libro chileno. Los libros eran presentados sin dignidad. Vale decir sin esa dignidad que es la ejecutoria de los libros impresos conforme a una técnica cuidadosa, correcta, fina y elegante. Para demostrar que había gran auge y que las prensas devoraban con verdadera desesperación los originales que se les enviaban, se arrojaban a la circulación de América, libros de calidad intelectual subalterna y se hacían ediciones de autores de tercer o cuarto orden. Los abusos traen siempre la reacción. Cuando las editoriales extranjeras comenzaron a darse cuenta de que el libro chileno tenía defectos fundamentales que no se corrégían, iniciaron la ofensiva del libro, valiéndose para ello de todos los recursos imaginables en empresas de esta naturaleza. Desde luego trataron de presentar los libros como si fueran hechos por editoriales europeas, Cuidaron la impresión, el papel, la tinta, la tipología. Contrataron traductores capaces, doctos, co-

nocedores de los idiomas. Hicieron en una palabra labor de dignidad editorial.

Todavía más: no desdeñaron al escritor nacional. Matizaron sus ediciones extranjeras con ediciones nacionales. Dieron importancia al escritor de sus respectivos países; no lo ignoraron, no le obligaron a hacer antesalas deprimentes, no lo relegaron al último término del negocio. Tuvieron el sentido del reconocimiento. Así pudieron verse y se ven colecciones de estas editoriales en las que alternan escritores europeos y nacionales en un mismo rubro, manteniendo ambos la misma categoría intelectual.

La invasión de nuestro mercado de libros con ediciones abundantes de Argentina y México, es una muestra del favor que el público les dispensa. Porque también nuestro público que lee, nuestro público que busca libros bien impresos, se dió cuenta exacta de que en el libro no es sólo el texto lo que vale, sino la calidad de los materiales, el cuidado con que se imprimen y la belleza de su presentación. Esto es por lo demás, lo privativo de toda editorial, en todas las épocas y en todos los países del mundo que han superado en su progreso y desarrollo de las ediciones, la técnica del libro.

Ha ocurrido en Argentina y México un fenómeno del cual no son culpables las editoriales chilenas, algunas editoriales chilenas. Aquellos países tuvieron la fortuna de que hasta ellos llegaron, con ocasión de los conflictos de Europa, hombres doctos en materia de impresión de libros, editores europeos que se instalaron en esos países con su industria y promovieron un movimiento editorial, que en gran parte ha sido la razón de esta ofensiva de libros que hoy invade el mercado chileno.

Los directores de estas editoriales han sido hombres equilibrados, conocedores del libro, sabios en materia literaria: no, como en algunos casos, en Chile, señores parciales que se movían entre un pequeño grupo de despechados y ejercitaban secretas venganzas contra escritores que no eran de su simpatía. Con lo cual, por cierto, se daba preferencia a escritores de segundo o tercer orden y

se editaban y reeditaban libros mediocres, insulsos, sin interés alguno, y se postergaban autores y libros de innegable calidad y valor literario.

Hemos dicho estas verdades—reservándonos muchas otras sobre este aspecto—porque estimamos necesario decirlas y no con el propósito de contrariar como se ha expresado anteriormente la campaña en que se encuentran empeñados los editores. Los apoyamos en todo lo que se refiere a lograr las compensaciones y las reducciones indispensables y urgentes en los aranceles aduaneros para que dichos editores puedan realizar su industria en la forma en que debe hacerse. El Gobierno no puede desestimar esta petición justa. Es necesario estudiar con interés este problema, examinar los obstáculos que lo detienen en su expansión y fortalecer su volumen editorial dándole las franquicias que se han pedido y otorgándole todas las facilidades necesarias para que el libro nacional pueda competir con éxito con los libros extranjeros. Podemos hacerlo y debemos hacerlo, como principio nacional, como empresa de dignidad nacional.